

# CARTAS AL PRINCIPE

POR EDUARDO AUNÓS

## DECIMOCUARTA CARTA A TONÓN

*Creación y gobierno de la ciudad.—Su posible constitución política.—Sus problemas económicos.*

Vayamos, ¡oh Tonón, el civitatense!, a ese reino tuyo de monumentales grandezas; a la Ciudad, maravillosa estrella que contiene germinalmente, dentro de sí misma, todas las urbes y principados de Occidente. Veamos cómo nace y cómo se desenvuelve, a semejanza de una flor fragante con pétalos de humanidad, esa cosmópolis que la Providencia confió a tus cuidados. La misma trascendencia que para los hombres encierra su origen, tiene la historia para la ciudad. Toda noble ciudad posee un timbre glorioso, un blasón heroico que encabeza su vida y abre para ella un destino feliz. Las antiguas ciudades hicieron de sus fundadores los primeros dioses de su culto, porque de sus virtudes, de su perseverancia en el esfuerzo, surgió toda la grandeza y desarrollo de los tiempos mejores. Por eso se antepone siempre a la vida actual de la ciudad su vida pasada, y todas ellas se esfuerzan en probar su noble origen, mostrando ejecutorias limpias de máculas humillantes.

Los clásicos daban a la creación de la ciudad toda la importancia que tenía, rodeándola de un nimbo luminoso, formado por leyendas remotas, y abriendo su historia con un nombre insigne, modelo siempre presente a la consideración de sus hijos y espíritu tutelar que la dirigía a través de los tiempos. Su situación es un punto vital que influye poderosamente en los destinos futuros. Que esté o no orientada hacia el sol, parece cuestión baladí sin trascendencia alguna, y, sin embargo, de ello dependerá en parte el mayor o menor desarrollo de la salud pública. En todo caso, debe la ciudad estar 169

enclavada donde exista una riqueza natural susceptible de explotación y cómodamente transportable. Si es marítima, ha de poseer un puerto fácilmente asequible a la navegación, donde las embarcaciones puedan guarecerse sin peligro. Si es agrícola, habrá de emplazarse en el punto medio de la vega que constituye su patrimonio y a orillas del río que fecunda y esparce la vida por sus tierras prósperas.

La ciudad artificial, sin mar, sin río navegable que haga llegar a ella los bajeles aventureros, sin tierra fértil a su alrededor, jamás llegará a tener vida propia, pensamiento autónomo ni superioridad espiritual, aun cuando sea protegida por los príncipes y tenga en ella su residencia el poder real. La capital del Estado o de la nacionalidad, si no es ella misma quien las ha hecho triunfar con su progresivo mejoramiento, pasa algunas veces a una de esas ciudades artificiales. Una razón política lo aconseja, y es que el ejercicio del Poder no discurra perturbado por las revueltas que alteran frecuentemente la tranquilidad de las urbes populosas; mas esta ventaja periclitita cuando el crecimiento de la población sobreviene a pesar de todo, y entonces, privada de una fuerte tradición histórica, se entrega a espasmos febriles y contradictorios, careciendo como contrapeso de una riqueza natural engendradora de clases sociales fuertemente apegadas al trabajo productor. En este caso, el Príncipe debe esforzarse en atraer a la Corte, de modo transitorio, pero en constantes oleadas, a los grandes engendrados de riqueza esparcidos por el país, a fin de que, por un lado, puedan informarle siempre del estado real del mismo, y por otro, neutralicen el ambiente artificial formado en la capitalidad. Además, ha de impedir por todos los medios que ésta se convierta en ciudad tentacular, pues entonces pierde aquellos beneficios que aconsejaron su escogimiento. Todo aumento de población, en tales ciudades, es nefasto para el Estado, pues sin industria ni agricultura propias donde vaciar su actividad, engendrará como consecuencia una plebe desocupada y voluble, verdaderamente peligrosa para la solidez y permanencia de las instituciones.

La ciudad es un ser vivo, y como tal, nace, evoluciona y muere. En ella, tanto la naturaleza como el espíritu humano, concurren a su formación y desenvolvimiento. Hay dos clases de ciudades, según ya hemos expresado: las espontáneas o naturales y las artificiales; pero en todo caso existe siempre, como punto de partida en su formación, una parte decisiva de voluntad y otra aleatoria de espontaneidad o atracción del medio ambiente. Sin embargo, entre aquellos

170 hombres lejanísimos que se refugiaron en un islote del Sena y el

acto de Jorge Wáshington escogiendo el emplazamiento de la capital de los Estados Unidos, hay un mundo de distancia, y existen otros casos intermedios, con los de Madrid y Versalles, que, siendo poblaciones preexistentes de última categoría, los reyes Felipe II y Luis XIV decidieron erigirlas en residencias de su corte.

Cada ciudad lleva consigo, desde el instante mismo de su creación, elementos de vida, de desarrollo y de decadencia. La naturaleza prepara el lugar del emplazamiento, pero sólo al hombre toca amoldarlo para organizar en él una vida colectiva conforme a sus deseos y necesidades. Es paradójico, y sin embargo real, el hecho de que los fundadores hayan escogido en profusión de casos los puntos de mayor peligro imaginable para instalar la ciudad. Por regla general, la tendencia a hallarse lo más cerca posible del curso de agua o junto a parcelas de tierra que fecundan periódicas inundaciones, explican la razón de todos esos núcleos urbanos, castigados con inaudita frecuencia por las riadas. Ocurre también la creación de poblados en zonas sísmicas, como San Francisco y Yokohama. Frente a estos graves inconvenientes, el espíritu humano reacciona construyendo costosos diques, casas bajas, muros de defensa, verdaderos alardes de ingenio para contrarrestar una naturaleza inhóspita.

Las colinas aisladas representan uno de los puntos de máxima atracción para los creadores de ciudades. Seguramente ello se debe a la creación de que es preciso buscar un lugar elevado para poderse relacionar más fácilmente con los dioses; pero al mismo tiempo concurren con este motivo, propio de las religiones primitivas, las ventajas que esa posición entraña para la defensa de la ciudad y las mayores facilidades de aislamiento con respecto a los demás núcleos humanos. Si Atenas, Argos, Tebas, como las ciudades griegas, etruscas y romanas, prefirieron la colina, otras estimaron que la defensa puede ser tan efectiva poniendo a la ciudad bajo la protección de un gran curso de agua. Desde tal punto de vista, situarse de modo que el río corra por tres de los límites de la ciudad es suficiente, pues el cuarto se cubre por un muro potente precedido de foso; pero si una isla providencial ofrece el apartamiento completo, resulta mucho mejor todavía. Este es el caso de París, como el anterior es el de Toledo, Berna y Marburgo.

Ciudades de río son un número considerable de urbes antiguas y modernas, como Berlín, Zaragoza, San Petersburgo y Nueva York. Pero en realidad, su situación actual fué forzada por las circunstancias o exigida por recientes desenvolvimientos. En efecto, nada era más peligroso para una urbe medieval que hallarse atravesada por 171

un río, pues éste, dados los elementos bélicos de entonces, era indefendible y el pirata normando podía por sorpresa adueñarse de la misma en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, esas ciudades, si son antiguas, primitivamente se hallaban en la colina—caso de Calatayud—o en un meandro—caso de Besanzón—, y el crecimiento de su población en épocas posteriores las incitó a bajar hacia las márgenes del curso de agua o a sortearlo por medio de puentes con el fin de ensancharse cumplidamente.

El camino es también un elemento geográfico que concurre al nacimiento de núcleos urbanos; pero en realidad hallamos en él más propiamente un motivo de engrandecimiento que causa inicial de formación. El cruce de dos caminos ya es cosa distinta, y puede ciertamente decirse que es lugar predilecto para forjar poblados. Aun hoy vemos con qué admirable facilidad, en los puntos de intersección de las grandes vías férreas o carreteras surgen las cantinas, posadas, garages y almacenes, talleres y comercios, es decir, las piezas materiales que revelan en la época contemporánea el amanecer de una ciudad. Algo similar se observa en cruces de carretera con curso de agua navegable, y también en torno a los puentes, los manantiales, los castillos, los monasterios y las grandes industrias. El puerto encarna otro gran motivo de fundación urbana, pues representa una ancha puerta encarada hacia los grandes caminos marítimos. Cuando el mar penetra hacia las zonas del interior por su intersección con una gran vía fluvial, surgen ciudades de vastas perspectivas dominadoras, como es el caso de Buenos Aires y Rosario en América hispánica, Nueva York en los Estados Unidos, Burdeos y Lisboa en Europa.

Los elementos de crecimiento urbano casi siempre convergen en el hombre, pues sólo él, con su gran poder de adaptación, es capaz de aprovechar la coyuntura favorable o los incidentes propicios. El comercio es la primera causa de expansión de las ciudades, siendo facilitado las más veces por un hecho casual, que en un momento dado se revela óptimo. Tal es la existencia de un río, que adquiere de pronto, y a empuje de factores imprevistos, singular importancia, o la creación de un empalme ferroviario, la construcción de un aeropuerto, de una Universidad, el descubrimiento de un manantial curativo y tantas otras causas. El elemento de muerte es todo lo contrario. Se halla representado por la desaparición del motivo fortuito de grandeza, por las erupciones volcánicas, las inundaciones y las guerras.

172 La ciudad antigua, una vez construída, llevaba ya consigo todo

el germen de su futura grandeza. Sus dioses velaban por el mejoramiento de su vida; sus espíritus tutelares la dirigían desde su secreta morada; sus poetas la cantaban como fecunda urbe de gratas bienandanzas.

Hemos de distinguir, porque así conviene para fijar tu pensamiento, Tonón excelso, la ciudad antigua de la moderna ciudad, engendrada está por el cristianismo y resultado aquélla de las creencias primitivas. La ciudad pagana poseía las más de las veces una religión propia. A esta religión hace referencia la Teología civil estudiada por Marco Varrón en su libro de las *Antigüedades*, y que cita San Agustín en la *Ciudad de Dios*. Esta rama de la Teología comprendía, según el clásico, los dioses que merecen pública adoración y en cuyo culto debían poner las ciudades todo interés. La razón de ello está en que la ciudad antigua crecía al calor de sus propios dioses, extendía su gobierno a las cosas divinas y era un todo perfecto en cuanto a la amplitud de su poder, pues constituía por sí misma una Religión, un Estado y un Derecho, o, por mejor decir, toda la Religión, todo el Estado y todo el Derecho.

La creación clásica por excelencia en el orden político es la ciudad. De la familia y la tribu primitivas pasaron los hombres a la gens, mas ésta no pareció bastante todavía para encarnar una forma de vida inteligente. El progreso humano dió realidad a otra institución superior, que convirtió a los elementos antiguos en eslabones articulados de la vida de relación, reduciendo sus múltiples ordenaciones a una expresión jurídica completa. Esta fué la ciudad, que aun constituida y engendrada por las asociaciones incipientes anteriormente citadas, era en sí misma una realidad nueva.

La ciudad pagana es como una síntesis de los grupos sociales primitivos, la concreción de sus prejuicios y de sus excelencias. De los primeros recoge su carácter absoluto, su arbitraria concepción de los hombres, clasificados en clases inconfundibles; de las segundas, su amor a las tradiciones y a la conservación de sus características históricas. Mas esa ciudad evolucionó; abrióse a las reformas saludables, se puso en contacto con los hombres de la diversas latitudes, y con todo y mantener sus antiguas prerrogativas, se hizo más humana y más apta para conseguir la mejora de sus destinos.

Pero cuando la ciudad antigua pierde, al contacto de los demás pueblos, lo que a ella es esencial, la religión, y se siente avasallada por una corriente, a la que no puede encerrar dentro de sus moldes estrechos, entonces toda la labor de siglos se convierte en un montón de escombros y desaparece para siempre o queda relegada y 173

desvanecida en la penumbra doliente de una prolongada decadencia. Roma venció todas estas dificultades y se proclamó inmortal por excelencia, porque fué sede de la gran renovación religiosa que ya apuntaba, y su derecho, hábil y fuerte, supo amoldarse a las corrientes saludables, sin perder por eso su íntima estructura.

El cristianismo infunde a las ciudades una más alta valoración. Creó ese tipo de ciudad liberal e industriosa que a tan grado de esplendor llegó en el Renacimiento y que ha servido para moldear la ciudad moderna. Sus excelencias sobre la pagana son, entre otras, la amplitud de miras que le comunica un santo y alto ideal religioso; su espíritu, inquieto y lleno de afanes creadores; su noble ambición de alcanzar un justo poderío y la constante tarea de mejorar la vida de sus moradores, esparciendo entre ellos riqueza y bienestar, a la vez que les daba entrada y participación en su gobierno.

Nada como la historia y las condiciones propias de la ciudad para fijar su constitución política y establecer los fundamentos de su sistema jurídico. Las ciudades han engendrado casi todos los principios de la vida de relación. Las urbes antiguas crearon el estado, que no era más que un desdoblamiento de su personalidad, difundida a veces a través de las vastísimas comarcas. Las ciudades modernas han conseguido hacer triunfar ideales de imperio y de dominación espiritual. Buena prueba de ello es que los grandes estados imperiales han necesitado casi siempre del concurso de una ciudad para unificar su espíritu y orientar su cultura. Una nación que carece de espíritu director, que ha sido incapaz de producir una metrópoli que dé la norma y sintetice todas sus excelencias, sólo venciendo arduas dificultades logra conseguir un predominio estable y dirigir de modo eficaz los destinos de su pueblo.

El carácter de la ciudad influye decisivamente en su organización interior. Los sistemas de gobierno que le son extraños nunca llegan a compenetrarse con ella, y, en definitiva, se asimilan con dolor, produciendo un largo período de trastornos sin fruto alguno. Pueden, sin embargo, las ciudades admitir los principios nuevos, si a ello se ven obligadas por la realidad, pero, en todo caso, procediendo con máxima cautela, moldeándolos a su temperamento, adaptándolos a su modo de ser, mixtificándolos a impulso de su propia personalidad, porque el elemento ajeno sólo así, y a través de estas transformaciones que lo hacen asimilable, puede llegar a convertirse en algo compatible con su propio ser.

Ha existido de hecho en todas las ciudades un Poder que representa al órgano supremo de la colectividad, constituído de mil di-

versos modos, pero cumpliendo siempre la función que le es propia. Es lógico que la sociedad, aun estando integrada teóricamente por individuos aislados, tenga su expresión como ser orgánico o colectivo. Con ello no se trata en ningún caso de absorber libertades o derechos, pues éstos, en el orden político, existen precisamente por el hecho de constituirse la ciudad misma y no como antecedente. Las colectividades históricas tienen esta calidad de ser engendradoras de algo superior al individuo, el cual, por separado, es incapaz de realizar sus propias finalidades y forjar la **persona**, o sea el hombre en su plenitud de acción y posibilidades, integrado en la comunidad humana que por ley natural e histórica le corresponde. Como tal, es susceptible de derechos y libertades políticas, siendo lógico, por tanto, que éstas se subordinen a la existencia y crecimiento del ente orgánico por el cual se obtuvo esta potenciación superior del ser individualizado. Las funciones necesarias al mantenimiento y desarrollo del conjunto deben anteponerse al de los particulares. siempre que queden a salvo sus esenciales fueros y derechos legítimamente adquiridos. El Poder, en este sentido, cuanto más absoluto sea, es decir, cuanto menos sometido esté a las mudanzas políticas y mayores facultades posea, más capacitado se hallará para cumplir su finalidad.

La razón de esa amplitud de privilegios reside en la misma naturaleza de las ciudades. Como obra humana, ha de ser a imagen y semejanza suya. El solo amontonamiento de hombres no constituye una ciudad, como no es un ser humano la estatua, por bien modelada que esté. Por encima de la intensidad de población, ha de existir un espíritu director para que se produzca la ciudad, y ese espíritu, que es en el hombre la suprema ordenación de su vida, está simbolizado en ella por la inapelable soberanía del Poder.

Mas para que el Poder no sea un ente de razón, ha de representarlo un individuo o una asamblea nacida del seno de la ciudad misma. Este es el primer problema que se plantea después de haber sido creada la ciudad. ¿Es más provechoso para su gobierno que un solo individuo la dirija, o es mejor que una asamblea se encargue de organizarla y de regirla? Ejemplos de los dos sistemas hay, y ambos han producido casi idénticos resultados. Lo más frecuente es que la ciudad haya adoptado en sus primeros tiempos un régimen político patriarcal, siendo comunmente gobernada por los consejos de ancianos o jefes de las tribus asociadas. Después, difieren unas de otras en el desarrollo de su vida política. Las hay, como Venecia, que conservan siempre viva esa constitución antigua, encarnada en el 175

consejo de notables; otras evolucionan y llegan al gobierno de uno solo, o monarquía, ya de una manera absoluta o ya coexistiendo con ella el régimen de asambleas o consejos.

Sistema intermedio y verdaderamente curioso es el del Dux de Génova, de quien pudo decirse que era *rex in purpura, senator in curia, captivus in urbe*. Génova es el arquetipo de esas ciudades mediterráneas donde las gentes son inquietas y turbulentas y descuellan demasiadas cabezas para tolerar de buen grado que una sola mande sobre las demás. El Jefe del Estado genovés conservaba la majestad de un emperador bizantino, pero sólo en lo que tenía de ritual y aparente, rodeándose de un boato fastuoso copiado de la corte de El Escorial, con sus imponentes besamanos y homenajes. Por lo que respecta a la autoridad efectiva, era como un senador más entre los que componían el Senado y la esfera de su posible acción personal se hallaba constreñida a cumplir escrupulosamente los acuerdos adoptados por dicho organismo supremo. A cambio de tal soberanía limitadísima, debía, durante el bienio a que se extendía su mando, permanecer siempre en el Palacio Real, excepción hecha de los cinco días en que, por solemnizarse las grandes fiestas, acudía, rodeado de toda su pomposa corte, a la gran misa cantada que con dicha ocasión se celebraba, y esta medida era tan rigurosa, que incluso en los casos de grave dolencia sufrida por familiares alejados de la ciudad, necesitaba para abandonar el Palacio una autorización otorgada mediante decreto del Senado. Apenas elegido, el Dux entraba en el cautiverio, y terminado el breve principado, Su Serenidad pasaba a ser Su Excelencia, con el cargo de Procurador perpetuo. Podía ya sumirse de nuevo en el seno de la vida ciudadana; era libre, pero no del todo; la corona efímera que ciñó sobre su frente oprimíale todavía y debía pesarle un poco o por lo menos dejarle huella hasta el fin de sus días. En efecto, el ex Dux no podía salir en ningún caso del territorio del Estado sin un permiso especial, que casi jamás se concedía.

Lo que necesariamente debe procurar la ciudad es que ese Poder mantenga íntegro su prestigio y su fuerza, se halle en condiciones de decidir con máxima lucidez y consiga que sean acatadas todas sus disposiciones, ejecutándose rectamente sus mandatos. De lo contrario, la más profunda anarquía detendrá todo posible resurgimiento, segarà en flor los más nobles ideales y obscurecerà el sol que presidió el laborioso amanecer de la urbe.

La organización jurídica de la ciudad es preferible que esté en-  
176 carnada en una sola persona, coadyuvando con ella los Consejos y

oyendo a los Cuerpos representativos de los diversos elementos sociales que integran su población activa. El príncipe es la expresión de lo permanente dentro de la continua mudanza a que están sometidas las opiniones de los hombres, y aun pudiendo ser objeto de elección su nombramiento, siempre a cargo de un reducidísimo número de electores, ha de procurarse que el mandato sea largo o prorrogable, y, mejor aún, por toda su vida. Cuando las ciudades tienen la fortuna de que los jefes supremos logran, como consecuencia de sus virtudes o el brillo de sus grandes acciones, constituir una dinastía, es decir, una familia impregnada en conjunto del mismo prestigio que sus cabezas directoras y unida por idéntico afán de servir a la colectividad, nada hay mejor que entregar a ella su futuro y su presente, ya que, de todas las formas de gobierno, es ésta la que garantiza en mayor grado la permanencia y el acierto. En dicho caso, como el Príncipe no debe a nadie su poder y lo logra por esa misteriosa vía de la primogenitura, se halla independiente de unos y de otros, igualmente apartado de las sugerencias de la muchedumbre que del halago o la dádiva de los adinerados. Además, como la realización de una política de vasto alcance requiere el concurso de varias generaciones, sólo este sistema puede facilitar la continuación de la empresa iniciada o su mejor conservación ante los trastornos y mudanzas que llenan los anales de todos los pueblos. Tal ocurrió de hecho en los países de Occidente, ya en épocas primitivas, y más conspicuamente durante los siglos en que la Cristiandad mantenía viva la esencia de su espíritu unitario.

Se dirá que tal sistema es contrario a la razón, pues ésta aconseja siempre el escogimiento seleccionado del Príncipe. El argumento es incontrovertible; pero ¿acaso la razón puede decidirlo todo? ¿Es que por ventura alcanza toda la vasta perspectiva de la verdad y del tiempo? La historia nos dice que las mejores soluciones son aquellas que responden a una experiencia sazónada por el justo criterio de los prudentes, y tal experiencia se muestra totalmente favorable a la tesis propugnada en esta epístola. Sus inexorables lecciones nos muestran que, cuando la exaltación del Príncipe se realiza fuera de ese sistema, es preciso recurrir o a la elección o a la cooptación; la primera, atribuída a fuerzas extrañas al propio Príncipe; la otra, dependiente de la mera voluntad de éste. Dicho segundo caso, que es el más recomendable, de no acudir a la herencia, entraña el peligro, como tantas veces lo puso de relieve la experiencia romana y bizantina, de que tal designación no sea reconocida por los elementos directores de la ciudad, produciéndose entonces graves trastornos 177

políticos. La primera, que siempre se manifestó nociva, entraña la marcha irrefrenable hacia la demagogia. Conocemos infinitos casos de repúblicas que han escogido al supremo jerarca por elección más o menos popular, pero perteneciendo siempre los designados a los grupos directores, quienes operaron por el procedimiento selectivo que aconseja la razón pura. ¿Cuál fué el resultado? Siempre el mismo, tarde o temprano, el aupamiento de la mediocridad y la incompetencia en las cimas del Poder.

Hay ocasiones en que no resulta posible el sistema hereditario, porque ninguna constitución se puede imponer a todos los pueblos en un mismo grado y en idéntico período histórico. Toda organización política debe responder, si quiere perdurar y ser beneficiosa, a las características profundas del país donde ha de imperar y al momento histórico en que puede tomar cuerpo de realidad. Lo principal, lo necesario, es que en todo caso la prudencia, la honradez y la generosidad aniden en las alturas y presidan el magno discurrir de los pueblos.

Los cuerpos representativos han de responder al verdadero latido de la ciudad. Más que del individuo en sí mismo deben ser reflejo del organismo social a que pertenecen y por medio del cual cumplen su misión en la vida. Este sistema tiene la ventaja de reflejar los intereses en lucha sin intermediario alguno; pero como no es posible retener todas las facetas de la vida dentro de esos núcleos organizados con vistas a la producción, otra representación se impone, comprensiva de las familias, las milicias, los cuadros de la Administración y las jerarquías políticas y religiosas, menos numerosa que la anterior, pero siempre proporcionada, de manera que se establezca entre ellas un prudente equilibrio.

Tales asambleas han de supeditarse a la autoridad del Príncipe, quien debe tener toda la responsabilidad del gobierno. Cuando éste lo delega en otras personas de su confianza, sobre ellas recae el éxito o fracaso de la gestión que se les encomendó. De lo contrario, si no se fijan claramente las responsabilidades, se adueña la más absoluta insolvencia moral de todos los órganos del Poder. El Príncipe hace culpable de sus faltas al gobierno que escogió; éste las traspasa a las asambleas, y, finalmente, éstas tratan de derivar la culpabilidad a todo el pueblo. Para evitar tan lamentable espectáculo, precisa fijar la órbita de acción de cada uno de ellos. Al Príncipe incumbe la mayor parte de la responsabilidad, por ser la autoridad suprema; en segundo lugar, a sus delegados, si los tiene, porque les confiere parte de sus atribuciones; en último término, a los consejos y asam-

bleas que colaboran con ellos; el pueblo no puede, en ningún caso, compartir ni serle atribuidas responsabilidades, porque cuando su actuación perturba la labor consciente de aquéllos, medios tienen para imponerle su voluntad, y si no pueden hacerlo, ya no son ellos los que encarnan el Poder, y es la nueva organización promotora de la resistencia la que se hará reo de sus propias culpas.

La administración de la ciudad corresponde a las instituciones competentes para tales fines establecidas. Las leyes caen de lleno dentro de la jurisdicción del Príncipe y de las asambleas políticas; los reglamentos y las ordenanzas locales incumben a los concejos y a las autoridades administrativas. Estas son las encargadas de velar por la recta aplicación de unas y otras, poniéndose en contacto con la realidad social y disponiendo su ejecución inteligente, lo cual quiere decir que deberán acomodarlas a las condiciones de hecho en que la ciudad se halle.

Los concejos administrativos son, pues, también, cuerpos legisladores. En ellos se debate el desarrollo interno de la ciudad que representan, dan las normas a que deben sujetarse las mejoras urbanas, las construcciones nuevas, las reformas materiales, atienden a las necesidades diarias, encargándose de la policía local y de abastos. Mas la vida de relación descansa sobre los principios económicos. No bastarían las leyes ni la cultura para conseguir el bienestar de un país entregado a una existencia precaria y azarosa. Por eso hay que atender al desenvolvimiento de la economía ciudadana.

La necesidad del intercambio exige que los elementos directores se preocupen de favorecer la producción, a fin de que otros pueblos no arruinen su mercado con la invasión de sus géneros. Pero esta es una norma de cautela que no puede compendiar todo el ideal de la ciudad, y su empeño debe consistir, no sólo en contener esa lucha comercial, sino en avasallar a su vez los mercados extranjeros, entrando en franca competencia con ellos; de ahí dimana la obligada atención que los organismos políticos deben prestar a las industrias, desvelando su actividad, mejorando su técnica, orientándolas y guiándolas con sus legislaciones prudentes para que, lejos de detener su desarrollo, se sitúen en las corrientes más provechosas.

La vida económica está regulada por los Bancos, los cuales difunden la riqueza, dándole movilidad y aplicándola a las necesidades del momento. Mas toda la solvencia de una economía ciudadana está representada por el Banco privilegiado, creador de la circulación fiduciaria. La libre emisión no conviene a los pueblos de larga historia, porque careciendo de las energías de juventud, necesitan con-

centrar toda su potencia económica en una institución que dé la norma de las operaciones y establezca el tipo de interés. De lo contrario, una grave crisis podría sobrevenirles. Faltos de riqueza, morirían exhaustos, sin encontrar apoyo seguro para reconstruirla; pletóricos de ella, perecerían por congestión, si no se aplicaran sus energías, sabiamente dirigidas, a la creación de nuevas empresas provechosas para la ciudad.

Las ciudades, al constituirse, deben tener en cuenta estas modalidades de la vida, y en todo caso han de procurar adaptarse a ellas en la medida que la realidad, con sus sabias admoniciones, las presente a su consideración. Si sus organismos políticos favorecen por medio de sabias normas todas sus actividades humanas trascendentes; si saben hallar en la complejidad de sus funciones la ley de armonía que les dirige y compendia; si, ávidos de trabajo y de nobles iniciativas, descienden al estudio de las imperfecciones diarias para corregir su desarrollo e imponer la justicia, esa ciudad podrá aspirar a elevarse por encima de las demás, tendiendo a establecer su predominio y marchando a la conquista de territorios donde difundir sus virtudes y consagrar sus anhelos de hegemonía.

## *DECIMOQUINTA CARTA A TONÓN*

*Los cuatro modelos de ciudades: Ciudades de Barro, de Bronce, de Plata y de Oro.—Condiciones que debe reunir la cultura en la ciudad.*

La más divina armonía de la ciudad se compendia en el acorde maravilloso del trabajo y la cultura, de la laboriosidad y la inteligencia. Hay cuatro modelos de ciudades: las de barro, las de cobre, las de plata y las de oro. Las ciudades de barro son aquellas que carecen de espíritu y deben su crecimiento a causas fortuitas; las que se alzan y abaten en un día, porque ni su apogeo ni su decadencia trascienden más allá del recinto local. En sus calles no se levanta ninguna estatua y en sus archivos no hay un solo libro sabio, ni un recuerdo memorable, ni una fecha gloriosa. Sus habitantes viven ajenos a toda preocupación noble; ni les sobra tiempo, después de una larga siesta; botarán tal vez una nave para piratear por los mares o se lanzarán por los caminos abruptos dispuestos a asaltar una caravana de mercaderes. Las ansias todas de estas ciudades se

encierran en el propósito de no amoldarse a una moral ni a una disciplina. Sus campos son yermos; el arado se desconoce; las aptitudes del pueblo son solamente el robo y el pillaje, y la más densa incultura se cierne sobre ellas. Si un día desembarcan en su puerto o atraviesan sus vegas abandonadas hombres de otros países, bajan todos los ojos ante la mirada del que pasa. Por virtud de una intervención extranjera o por la situación única de sus campos, suele a veces ascender y engrandecerse esta ciudad, pero el más leve contratiempo la convierte en un montón de escombros.

**Las ciudades de bronce** se abren a otras más elevadas empresas. Su ideal es la guerra, y fían a las armas todo su poderío y posterior desenvolvimiento. Únicamente preocupadas por la defensa de su territorio, se apiñan en lo alto de las colinas o entre un cerco de montañas, que las protegen de las invasiones y son baluartes de su defensa. Organizan militarmente su vida pública: el ciudadano no es más que un soldado para sus legiones y las leyes son duras e inflexibles. En tiempo de paz se preparan para la guerra, y, una vez en ésta, no se detienen hasta llegar al triunfo. Cuando han sometido bajo su poder a otros pueblos, les imponen sus costumbres, y, temerosos de posibles rebeliones, hacen de ellos una casta aparte, para que no puedan intervenir en su gobierno y descubrir así el secreto de sus fortificaciones y la potencialidad de su fuerza militar. Los estudios todos se subordinan al supremo fin de la guerra y sus leyendas son gestas de héroes, luchas de razas y choques de ejércitos. Cuando las ciudades se detienen en este aspecto noble, pero no único de la vida y su progresión en los demás órdenes es nula, caen en un momento de la cúspide de su grandeza a la destrucción de su poderío y no queda de ellas otro recuerdo que su pasado, envuelto entre las páginas de una historia brillante.

Vienen después, en orden de prioridad, las **ciudades de plata**, cuyo distintivo es el comercio, y, como Fenicia, se desparraman por las costas lejanas, fundando factorías y apropiándose mercados. Su gobierno presenta formas más complejas, pues el comercio las pone en contacto con otros hombres y les obliga a estudiar sus costumbres y a conocer su lengua. En épocas de apogeo encarnan todo un gran movimiento político y su civilización prende en las colonias por ellos fundadas, hasta el punto de constituir un elemento propio del pueblo conquistado. Las ciudades mercantiles unen, a veces, al comercio un afán de expansión política, y entonces acuden a la formación de milicias capaces de asegurar el mantenimiento de las tierras anexionadas. Deseosas de garantizar su régimen, dictan también leyes

sabias y normas prudentes, que luego llegan a tener vigencia en muchos países, siendo reconocidas como fuentes de Derecho y canon de las convenciones universales. Tenemos el modelo de las famosas leyes Rodias, incorporadas al Derecho romano como base de su legislación mercantil, y en esas otras disposiciones emanadas de las ciudades del Renacimiento, que a tan alto grado de perfección jurídica llegaron.

Las ciudades, cuando saben ensamblar el espíritu militar y la actividad mercantil con el desarrollo de la inteligencia y el cultivo del espíritu, alcanzan la categoría de **ciudades de oro**. Pocos ejemplos hay de esas notabilísimas ciudades, pero todos ellos tan escogidos y de tan merecida fama, que sirven de estímulo constante a los ciudadanos de todos los tiempos y a los hombres de todas las razas. Atenas, la augusta, que es en la historia del mundo como un remanso florido en donde dioses, héroes, artistas y filósofos conviven en un coloquio de íntima y sabrosa armonía; Roma, la eterna, que deja caer sobre las tierras mediterráneas el dorado reflejo de su sol imperial y sobre el mundo el resplandor inextinguible de la Cruz redentora; Alejandría, la sabia, que recoge el divino tesoro de los libros antiguos y conserva encendida la antorcha de la ciencia en medio del estrépito de las invasiones; Bizancio, la maga, que supo reunir en su seno la ley de Dios y el derecho de Roma, el espíritu cristiano y el sentido clásico del mundo y de las cosas; Florencia, la fastuosa, que abre el Renacimiento inspirada en las perfecciones de la civilización antigua; he ahí los modelos de las ciudades de oro.

Su virtud consistió en elevarse como ninguna en la educación del espíritu, perfeccionando su vida moral y poniendo todas sus actividades al servicio de la misma. Esta sabia orientación hizo que sus ciudadanos supiesen sacrificarse por el interés común, deponiendo toda posible diferencia en los momentos de peligro, sin que las ansias colectivas fuesen nunca obstáculo al bien público. La razón de toda esa armonía de las ciudades de oro consiste en que la vida social descansa sobre la educación esmerada de las superioridades, que se difunde después a todas las clases, significando su condición, y cuando ese equilibrio se pierde o esas zonas elevadas se degradan con olvido de su responsabilidad, todo el edificio se hunde y las ciudades de oro caen en la demagogia o se debaten entre las peores formas subversivas.

Para que la ciudad se eleve a ese emporio de esplendor es necesario que sus jerarquías de mando simbolicen y exalten hasta el más alto grado las aptitudes que les son propias, formando por sí mismas

una escuela, un temperamento y un espíritu. El sello personal de cada ciudad se manifiesta en su moral y en su cultura, y aquellos que las forjan recogiendo al azar elementos ajenos, sin que una ordenación inteligente presida la obra de asimilación, están condenados al castigo de tener sometida para siempre su espiritualidad a la de otros pueblos superiores.

Entre las condiciones que debe reunir la cultura resalta la de ser eficaz; es decir, interesar a la realidad, convirtiéndose en elemento renovador de la vida. La educación puramente especulativa nunca se traduce en un beneficio para las colectividades, sino que, al contrario, es las más de las veces elemento de perturbación y decadencia. Por esta razón, la enseñanza universitaria y la técnica deben estar íntimamente unidas, relacionándose en todo momento y conviviendo en una armonía saludable, que constituye la mejor promesa de su éxito.

Inútil nos parece insistir sobre la importancia de la educación y de la cultura en la industria y el comercio. Baste saber que la primera es toda ella fruto de las creaciones del inteligente y del estudioso y que el segundo necesita para su expansión el conocimiento de los demás pueblos, a los cuales se los conquista, tanto como por las ventajas en el precio y en la calidad de las mercancías, por la superioridad espiritual. Las ciudades de oro filtran con el comercio su cultura, su idealidad, su política y su derecho.

Digno es de una gran ciudad que las artes menores levanten su trono de perfecciones al lado de las otras disciplinas de la inteligencia y del trabajo. Objetos bellos los que crean esos sublimes artesanos que, como Palissy, se elevan hasta el estudio de la filosofía; objetos dignos de un gran pueblo, que, atento a todas las modalidades de la vida, pone el rayo creador de su inteligencia en contacto con las más pequeñas cosas, que adquieren por él una alta valoración espiritual.

La ciudad culta, si olvida la complejidad de sus destinos y sólo en las creaciones del espíritu pone la atención, debida también a otras importantes finalidades, puede provocar una decadencia, tanto más dolorosa cuanto que significa el fracaso de toda una era de intelectualidad. Así le sucedió a Atenas, cuyos sublimes hijos, entregados a la maravillosa contemplación del ideal, se apartaron de la tierra, viajeros de la inmensidad, y cayeron desde la altura infinita de su perfección a las simas de la vulgaridad y la pobreza. Como Narciso, tan atentos estaban en sí mismos, que detuvieron sus almas en la mitad del camino, y otros pueblos pasaron por encima de sus

despojos, sometiéndolos a su imperio y arrebatándoles el cetro del mundo. Mas las ciudades de oro no mueren nunca del todo; desaparecen sus muros centenarios, sus dioses alados, sus palacios grandiosos. pero su espíritu, luminosa gema de nobles virtudes, esparce por la tierra el rayo creador que hizo de una raza la maestra de los hombres, y de un pueblo, el arca de la civilización.

## DECIMOSEXTA CARTA A TONÓN

*La guerra y la paz.—El misterio de las guerras y su enigmática ley guerra de defensa y de hegemonía.—La ciudad, creación de la paz.*

La Historia, juntamente con la Psicología, nos inclina a creer que la guerra es inevitable mientras haya hombres, o mientras los hombres sean como hasta aquí. Inevitable, decimos, porque todos los pacíficos anhelos de los espíritus superiores se estrellarán ante el obstáculo insuperable de ambiciones individuales y colectivas. Se ha teorizado sobre la guerra; se ha pretendido por algunos que reunía sus ventajas y excelencias, arguyendo que ella es, al fin, la que aleja el magno problema de la insuficiencia de la Tierra para mantener el cada día creciente aumento de su población; se ha dicho que sirve de acicate a las naciones para acrecentar sus ansias de mejoramiento y deseos de superioridad. Estos alegatos no convencen a nadie del todo. La guerra es beneficiosa en cuanto es dolor, porque el dolor purifica y redime a los hombres; pero no en cuanto es guerra, porque pueden existir mil otras manifestaciones de dolor colectivo capaces de realizar los mismos menesteres que ella.

Las figuras estelares de la Humanidad han sondeado con su mente señora este cruel y misterioso enigma de la guerra. Es portentoso —estima el genial espíritu de Donoso Cortés— que ese fenómeno, tenido por todos como un mal, aunque necesario, lejos de serlo del todo, no lo es sino transitoriamente, y aun constreñido al caso particular sobre el que su acción destructora recae. Fuera de esto, la guerra, cruel y debeladora en sí misma, es siempre beneficiosa por sus consecuencias mediatas. Nos dirán que provoca el fenómeno de la despoblación y, sin embargo, ninguna de ellas terminó sin que pocos años después se aprecie un aumento en el censo de los Estados que 184 las sufrieron. Se argüirá que es una regresión vituperable hacia el

salvajismo más cruel, y, no obstante, ninguna ha producido descenso en la vida colectiva; bien al contrario, todas ellas han engendrado adelantos reales, formidables avances en el camino de la civilización.

Sólo un gigante de la inteligencia, como José de Maistre se atreve a responder cumplidamente a estas graves cuestiones: ¿Por qué la guerra es fiereza y destrucción si quienes la hacen son individualmente modelo de bondad y de condescendencia? ¿Por qué es buena siendo en sí misma mala? Y contesta: Porque es un eslabón en la cadena de esa gran ley que rige los mundos. La guerra es divina por sus consecuencias, ya que, en definitiva, nunca resulta substancialmente nociva, apareciendo en todo caso como personalmente reparadora, pues el hombre que en ella muere se transfigura en héroe y lo recibe en su seno el espíritu de Dios. Es divina en la gloria misteriosa que la rodea y en esa atracción irresistible que sobre el ser humano ejerce. Es divina por la protección que brinda a los caudillos y grandes capitanes, los cuales muy raramente caen en los combates, y si lo permite así la Providencia, sólo lo hace cuando su renombre no puede crecer más y dejaron su misión cumplida. Divina es también por el modo como comienza, siempre a pesar y contra los hombres que han de sufrirla, y, finalmente, divina por sus resultados lejanos, como acabamos de demostrar.

Pero, según De Maistre, hay algo más enigmático todavía en el curso de una guerra y por donde se advierte con mayor nitidez su carácter providencial. Ello consiste en saber quién la gana y cuándo la gana. Se dirá, respecto a lo primero, que el más fuerte, el más preparado. Nunca, ni aun en caso de notorio desequilibrio, puede asegurarse a quién corresponderá la palma final. Siempre es posible la intervención de lo maravilloso o de lo insospechado, como ocurrió con los gansos del Capitolio. Las mismas dudas se presentan para saber cuándo y en qué momento se decide la victoria. “¿Qué es una batalla perdida”, se preguntó a un general. “Es la que se cree haber perdido”, contestó.

La guerra es necesaria, es inevitable, ¡oh Tonón magnánimo!; por ello, glosando el principio antiguo, te diré con imperativo acento: prepárate en la paz para la guerra. ¿En que consiste esta preparación? He ahí una de las cuestiones esenciales que se presentan en el gobierno de la ciudad. Si se entiende por ello la absorción de todas sus energías ante la sola posibilidad de la guerra que puede venir, peca por exceso, porque es ahogar la vida del país para salvar un peligro incierto en el tiempo; si olvida la acritud que en un momento dado puede presentar el problema y desatiende este aspecto subs-

tancial de su organización, correrá el riesgo de encontrarse un día rendida, sin defensa, a los pies del invasor. Por tanto, la cuestión merece un especial cuidado y debes poner en ella un preferente interés.

Sébase, ante todo, que la ciudad, con sus excelencias, es creación de la paz, que por la paz vive, con la paz recoge su patrimonio y para la paz y con el magno propósito de mantener la paz prepara sus milicias. Este noble ideal de la ciudad señala el camino que se debe seguir para la solución del difícil problema que acabamos de plantear. Si es la paz el supremo anhelo de una ciudad, se entiende que sus ejércitos no deben exceder de los efectivos suficientes para mantenerla, bastando que impongan respeto a sus posibles adversarios y éstos tengan la impresión de que no la van a encontrar desprevenida. De lo contrario, si la ciudad está excesivamente preparada, por ello mismo demuestra que tiende a hacer una guerra ofensiva, y entonces sus vecinos buscan alianzas propicias y se atrae la enemistad de otros países, apresurando lo que precisamente tiende a evitar.

No todas las ciudades están obligadas a guardar una actitud expectante. Algunas de ellas encarnan un movimiento de protesta contra las injusticias históricas que les han usurpado parte de sus dominios y tienen el deber de reivindicar lo que les pertenece, acumulando efectivos para imponer sus fueros por encima de la sinrazón. Este es el caso del Principado, hollado en sus fundamentales derechos, a quien se le arrebataron parte de las provincias que le pertenecen por razones etnográficas o políticas. Entonces, el hecho de someterse a una defensiva perpetua sería tanto como reconocer el despojo y aceptarlo voluntariamente.

Otra de las razones que concurren a la organización ofensiva de la ciudad es la necesidad de expansionarse sobre los pueblos inferiores, para evitar los peligros que envuelve su proximidad, difundiendo en ellos las normas civilizadoras y las excelencias de su cultura. Respecto a la primera de esas causas poco debemos decir, pues es de sobra sabido que la vecindad de un país salvaje expone a graves contratiempos, como fueron en anteriores siglos la piratería y las vejaciones a que eran sometidos los extranjeros por sus atrabiliarias autoridades. En cuanto se refiere a la segunda, es indudable que constituye una misión altamente humana de los pueblos cultos la de hacer sentir las ventajas de su superior organización y aplicarla, a medida que las circunstancias lo hagan necesario, a esas naciones bárbaras que todavía se rigen por los principios más rudi-

mentarios de la moral, sin respetar los derechos universalmente reconocidos a las personas, individuales y colectivas.

Estos motivos, entre otros, pueden imponer la organización ofensiva de la Ciudad, cuando ésta ha llegado a su etapa imperialista; pero, aún entonces, ha de vigilar su régimen interior para que nada en él desentone de esa gran misión que se le encomienda. Mantener siempre unidos en inteligente disciplina a sus moradores, darles conocimiento de los derechos respetables que es preciso defender, crear una mística alrededor de ellos y producir en su espíritu la sensación de que ningún aliciente en la vida es comparable al de proporcionar esos bienes a la Ciudad; he ahí su urgente e ineludible tarea.

Claras armonías presiden la obra de los días y de los hombres. La tarea de unos y otros se señala en los periodos de pujanza y en la épocas de decadencia. Según sea la educación de tus súbditos, ¡oh Tonón!, les corresponderá, o la palma de la gloria o la ruina de sus libertades. Yo te aconsejo, Tonón magnífico, la recta formación de las voluntades, porque sólo de esta manera pueden ser tu cetro suave y tu ley condescendiente.

Generales y guerreros tiene la paz tan nobles y valerosos como los de la guerra. Desde el labrador que abre surcos provechosos en la tierra hasta el espíritu cultivado que labora en los dominios de la inteligencia, todos sostienen un combate tenaz con las cosas para darles una valoración mejor y destinos más elevados. Y su propia razón de existir, junto con la diversidad de sus fines, han señalado categorías y ordenaciones. Dentro de ellas cumplen su destino en correspondencia con los grandes estrategias de la guerra, poniendo en su trabajo igual dosis de amor y heroísmo.

Además, la Ciudad, con sus excelencias, para subsistir necesita poder entregarse a un reposado trabajo con anchas perspectivas de futuro y sentimiento de estabilidad. Habrá en ella un espíritu elegante, que, imperturbable, trazará sus líneas de fuego, sus bifurcaciones provechosas, sus penumbras dolientes, y ese espíritu que da el molde, la norma, la guía, será soldado de la paz. Sus disciplinas se sustentarán en la piedra miliar del servicio colectivo; sus ordenanzas pondrán un sello de discreción sobre las irregularidades diarias, y todas las jerarquías sociales hallarán en el báculo de su autoridad el florido repecho de la inteligencia triunfal. Sin embargo, aun arbolando toda una grata lección de sabias condescendencias, levantará su voz contra los que intenten devastar el fino trazado de las calles, contra los que descaradamente pretendan interrumpir la recta prevista en su plan renovador, y todo el ímpetu de su decisión

suprema caerá sobre el taimado que quiere engañar a los ojos, faltando sus construcciones a las leyes de la estética.

Esta es la disciplina de la paz y también el gran ejército de la paz. Sobre las cosas frágiles, sobre las quimeras inciertas, que son nuestras preocupaciones, nuestros intereses, nuestras ambiciones, está la Ciudad, que es síntesis de toda nuestra vida, la huella profunda de nuestro genio.

La ciudad que es pacífica y laboriosa busca sus triunfos en las nobles competencias del espíritu, pero si un día se hace la guerra inevitable, ha de encontrarla preparada y alerta. Su vida civil, disciplinada como en una prefiguración del combate; su espiritualidad, forjada en el sacrificio y la fe; su ánimo, alegre como un cantar, serán las fontanas más preclaras de heroísmo y las armas invencibles que habrán de darle la victoria.

## DECIMOSEPTIMA CARTA A TONÓN

### *Las etapas del triunfo e imperialismo de la ciudad; la ciudad, el Estado y la Nación.*

La Ciudad, una vez constituida, eximio Tonón, tiende a realizar la alta misión que le está encomendada, dependiendo de su naturaleza y condiciones el carácter de la misma. A veces, su finalidad consiste en dar una nueva orientación a la cultura; otras, encarna en ella todo un movimiento nacional, al que ha de comunicar sus impulsos, dándole unidad y vida; finalmente, puede ser el eje en torno del cual gira la política de un continente o la de todo el mundo civilizado. Para llegar a conseguir esas aspiraciones que el destino le señala, su primer esfuerzo debe consagrarse a cimentar los fundamentos de la obra futura.

Ninguna ciudad está exenta de luchas y trabajos desde el momento mismo de su fundación. Como el hombre, ha de batallar constantemente para conseguir abrirse paso entre las circunstancias adversas. En múltiples ocasiones, su labor de siglos cae en un día, y la ciudad que brilló fuerte y poderosa, se halla sumida en la prostración y entregada a merced del enemigo. La virtud de las ciudades inteligentes consiste en no abatir su espíritu por grandes que sean las contrariedades; en disciplinar su alma, fortaleciéndola con las cualidades morales de su pueblo, resurgiendo así de la adversidad con

La etapa primera de la ciudad, cuando se encamina hacia el triunfo, consiste en asegurar su independencia, haciéndose respetar de los pueblos que la rodean para que éstos no puedan aniquilar sus fuentes de vida, influyendo en su espiritualidad e invadiendo su mercado. Los enemigos de la ciudad son más peligrosos cuanto más cerca se hallan de sus fronteras, sobre todo si ven en ella una amenaza para su predominio. Por eso la superioridad del nuevo Estado ha de establecerse rápidamente, porque esos obstáculos que la cohiben, de no ser vencidos en el primer momento, se convertirían en insuperables vallas, cada vez más amenazadoras y cada día más temibles.

Consideremos un momento los trabajos de la ciudad-reina en esta interesante etapa de su historia. Roma, descendiente de dioses, que tiene por padre de su raza a Eneas, fué fundada por los dos hijos de Rea Silvia, Rómulo y Remo, a cuya madre fecundó Marte. Una colonia de latinos dirigida por los dos gemelos construyó la ciudad en las márgenes del Tíber. Todo concurre a hacernos creer que existía primero el principado de Alba, de origen pelágico, verdadera cuna de Roma, construída sobre el Palatino. Cada una de las seis restantes colinas, más tarde absorbidas por ella, era solio de otras tantas ciudades, a las que dominó aliándose con la de Quiris, asentada sobre el Quirinal.

Estas luchas, empeñadas cuando apenas había nacido la ciudad, no fueron bastante para asegurar y fortalecer su poderío. Más tarde, la misma Alba se vió asolada por ella, y bajo Tarquino el Antiguo une a su patrimonio tierras pertenecientes a etruscos y sabinos, mientras Tarquino el Soberbio entra en la ciudad de Gabias y se someten, en tiempos de la república, las de Tarquinia, Vulsinia, Capena y Veias, quedando derrotados los etruscos y los volscos.

Cuando estos hechos se sucedían, entran los galos en la ciudad y Roma sufre los horrores de una invasión. Prueba terrible y torturadora; pero la derrota nada puede cuando el espíritu de quienes la sufren permanece vivido en las jerarquías directoras, y a su impulso el pueblo encuentra mayores alientos, rehace su poder, perfecciona sus armamentos y se lanza en alas de un alto ideal a la realización de sus sueños de imperialismo.

La segunda etapa de la ciudad, casi simultánea con la primera, se manifiesta por el perfeccionamiento de su sistema de gobierno, haciendo que una constitución sabia regule su vida interior, para que antagonismos y discordias no interrumpen las elevadas tareas que han de hacerla triunfar en otros órdenes más importantes y decisivos. Dentro de esta época, que podríamos llamar legislativa, pue- 189

den colocarse las luchas entre plebeyos y patricios, que llenaron buena parte de la historia de Roma y se resolvieron, finalmente, por medio de una evolución en el derecho antiguo. Caben también en ella la creación del Senado, de los comicios y las instituciones que más tarde se establecieron, perfeccionando el sistema de gobierno y modificando el régimen político adoptado por la Roma ancestral.

La tercera etapa se caracteriza por el desenvolvimiento de la cultura, en lucha con las orientaciones y doctrinas de los demás pueblos. El carácter de la ciudad depende de ese trabajo de pulimento y selección, por medio del cual llega a forjarse un espíritu y un sentido peculiar de la vida, que se manifiesta en la educación de sus hijos. Así se explica la tenacidad de Catón, para no salirnos del modelo romano, a fin de que las letras latinas tuviesen un recio sabor nacional.

La cuarta etapa es de asimilación y expansión a la vez. Por aquella recoge la ciudad todas las perfecciones de su siglo, todas las ideas beneficiosas todos los principios saludables, sin reparar en el origen, pero adaptándolos a su temperamento, fundiéndolos a su espíritu, moldeándolos a su modo de ser, y de la reunión de todas estas motivaciones nace, como un sol nuevo, encerrando dentro de sí mismo las múltiples facetas de la inteligencia humana y las características diferenciales de la raza que ha sabido crearle por su propio esfuerzo.

El segundo momento capital de este período, o sea el de expansión, se produce casi inevitablemente. Esas virtudes eximias, esas cualidades únicas, esos sublimes arrestos del espíritu de la ciudad saltan por encima de sus límites naturales, atraídos por la misma inferioridad de los demás pueblos, y se esparcen bajo todos sus aspectos a través del espacio. A su influjo ceden paso los Estados más remotos que ya no pueden resistir la avenida, porque la destrucción de su poderío entraña incluso un beneficio para sus constituciones decadentes. Avasallados por el torrencial empuje, caen sin defensa posible cuando los ejércitos de la ciudad mejor consagran por medio de sus armas la hegemonía, y entra de lleno en la fase imperialista de su ciclo solar.

Calles y plazas, parques y paseos forman, cuando una ley los enlaza, los une y les da vida, un reino, que es el más noble de los reinos: el reino de la ciudad. Muchas veces la política ha construido falsos Estados, soberanías fantásticas que brillan un momento en la historia para desvanecerse rápidos como un sueño; pero cuando la política ha sido creada por un Estado y no es él creación de aquélla, siempre fué la ciudad quien produjo la chispa originaria, el funda-

mentun regni. Detrás de un gran intento colectivo, detrás de una gran doctrina humana, se halla la mayoría de las veces una gran ciudad, porque la ciudad es el primer concepto político creador. Después, esa ciudad lanza la norma, difunde el precepto, los viste con un ropaje de ilusión; sobre la idea madre borda una serie de ideas, que derivadas de ella, hacen más asequible, mejor aplicable el concepto, y así la vida ciudadana, la idea ciudadana, se convierte en vida y en idea nacionales.

En éste como en otros muchos conceptos políticos, hay un conjunto de elementos que se difuminan a la sombra de la teoría y que, no obstante, adquieren máximo relieve si se los estudia en detalle. La ciudad mantiene en su seno esa misma variedad de principios. Es indudable que ni ella es todo el Estado ni toda la nacionalidad, pero lo es también, desde el punto de vista histórico, que la ciudad se ha elevado en múltiples ocasiones a la jerarquía de Estado, y es que cuando éste no encarna el sentir de una nación o no representa el lazo de unión de varias nacionalidades incapaces por sí solas de vivir con dignidad, es un concepto sin sentido político vital. Nos encontramos, pues, únicamente con dos ideas madres en este orden de hechos, y son la nación y la ciudad.

Entre ellos no es fácil establecer una jerarquía fundada en la prioridad, por lo que se refiere a su importancia. Nación y ciudad son dos principios esencialmente creadores y que radican en el alma misma del hombre; todos los demás nada significan sin ellas. No obstante, nación y ciudad mantienen un sinnúmero de relaciones que las hacen, a veces, si no confundibles, por lo menos solidarias. No es difícil encontrar, por ejemplo, una ciudad que simbolice todo el resurgir de una nación en sus ansias de reivindicar el derecho hollado o en su deseo de conseguir una mayor expansión de sus actividades. Considerándola en este aspecto, nadie como la ciudad puede albergar un designio imperialista, porque ella es, al fin, la encarnación más tangible de los impulsos vitales de los hombres, a quienes representa de un modo ideal y en la que se concentran sus esfuerzos e iniciativas.

La ciudad antigua, que abarcaba todos los órdenes de la actividad humana, podía simbolizar el ideal de una raza porque era su expresión política única; pero la ciudad moderna, cuando no rescata por virtud de su engrandecimiento la nación esclavizada, reduce sus aspiraciones materiales a la asimilación de cuantas poblaciones la rodean, confundiéndolas en su propio municipio y agregando sus economías a las que primitivamente poseía. Mas desde el punto de vista 191

de la espiritualidad, el imperialismo de las ciudades contemporáneas tiene horizontes más vastos. Por su insuperable cultura, pueden atraer hacia sí a todos los estudiosos; sus bibliotecas, sus universidades, sus museos, son entonces como una colmena donde se dan cita las inteligencias más selectas de la época, los espíritus escogidos de toda una generación. Esas ciudades, que en los dominios del alma encuentran el futuro imperio donde desenvolver su actividad, llegan un día a ser la síntesis de toda la cultura universal y sus ejércitos son las ideas que vencen el espacio y el tiempo, reinando en las más distantes tierras e inmortalizándose en las páginas augustas de la historia.

Ya hemos dicho, sin embargo, que no basta el desarrollo de la inteligencia para asegurar la vida de la ciudad. Es éste un ideal y, por lo mismo, aspiración cada vez menos realizable del espíritu humano. La ciudad moderna, si pertenece a un Estado igualmente poderoso en los demás órdenes de la vida, puede dar un cauce a las doctrinas humanas, puede ofrecer una norma a la política del mundo. Mas por debajo de estos altos designios ha de desenvolverse su economía con parecida, si no igual intensidad.

Imperialismo será siempre símbolo de poder, y poder significa tanto como fuerza para hacerse respetar. Ampliando el concepto, resulta que imperialismo es sinónimo de poder dominante en vastos espacios, y como tal, consagración de los derechos que aun permanecen vivos en nombre de una comunidad histórica extendida en uno o varios continentes.

Sería torpe y vicioso el imperialismo de una ciudad si tratase de someter a otros países contra toda razón, si su empeño produjese la pérdida de justas libertades ajenas, si por la fuerza se impusiera y a través de la fuerza quisiera legitimarse. El imperialismo tiende a ensanchar los límites actuales de los pueblos, pero para recoger dentro de ellos a sus tierras irredentas, a las provincias que por razón de estirpe se sienten moralmente atraídas hacia su órbita, y después, si rebasa el espacio ocupado por ellas, es sólo porque su superioridad entraña un beneficio para los pueblos bárbaros y las razas incultas, que entregadas a su propio desgobierno no han sabido reformar sus costumbres, amoldándolas a las corrientes civilizadoras.

La historia se nos muestra entrecortada por el continuo choque de opuestas aspiraciones, y el afán dominador de algunos capitanes audaces se alía a veces con la ambición de los pueblos triunfantes; por su contenido es, en realidad, algo más que una fría y descarnada sucesión de acontecimientos faustos e infaustos que repercuten en el

mutable destino de ciudades, príncipes y Estados. Representativa del proceso espiritual de la Humanidad, se adapta íntimamente a la ley suprema de su destino grandioso, y en sus páginas, del mismo modo que en los actos todos de la vida, brilla el sentido religioso y de justicia inmanente, que se abren al fin paso, de modo a veces imperceptible. Sus designios siguen el ritmo de los acontecimientos mismos, de los que se sirve el espíritu de Dios, también soplo fecundo de la Historia y, según San Agustín, vértice rector de todos los hechos humanos, para imponer su ley de altísima justicia y de infinito amor.

## DECIMOCTAVA CARTA A TONÓN

*Despedida a las ciudades. — Los rumores de la ciudad. — Los amaneceres, las tardes y las noches en la ciudad. — Las horas trágicas: la invasión. — Las horas magnas: el triunfo.*

Elevemos ahora, Tonón carísimo, un adios sencillo y cordial a las ciudades, esas pulcras joyas que adornan con sus cambiados reflejos la mágica corona del vivir. La ciudad vió un día nuestro natalicio. Entre sus muros almenados y sus calles ensortijadas, frente a sus plazas imponentes y a sus templos venerables aparecimos como náufragos de una ingrata navegación por los piélagos del infinito. Trastornados, entumecidos, yertos, acongojados, nos dejó en hóspitas arenas caldeadas la potente resaca del destino. Despertamos, y apenas limpios los menudos y torpes ojos, adivinaron más que vieron la sonrisa feliz y el límpido mirar de unos seres extraordinariamente buenos y cariñosos, que ya en el mismo dintel de la vida nos recibían con la exquisita flor de sus caricias inigualables. Transcurridos algunos días, sentíamos caer, radiante, un chorro de luz sobre nuestros rostros contraídos y arrugados, a la vez que un murmullo vasto y diatónico nos envolvía entre el oleaje de sus ondas sonoras. Era la Ciudad que nos llamaba ya hacia sí, y entre los pliegues de las menudas y niveas ropitas pasaban sombras grandiosas y gigantescas figuras.

Un día percibimos el gélido roce del agua bautismal que nos abría anchas y luminosas las rutas del reino de Dios; y allí, en plena ciu- 193

dad, paseamos triunfalmente nuestros lloros y pataletas. La larga e interminable noche de la infancia, llena de fantasmales miedos y hondas inquietudes, tenía como grato intermedio ese descender a la calle alegre y cantarina que siempre reserva sorpresas y emociones. Poco a poco íbamos creciendo y sabiendo mirar. Las sombras que un día pasaban ante nuestros ojos tomaban corporeidad, se hacían palacios colosales, casonas ilustres—porque en la niñez todo parece enorme—, algo así como inmensas caras con centenares de ojos desiguales y burlones. El murmullo que ya había de acompañarnos hasta el fin de nuestras vidas, el griterío difuso, casi musical, de la Ciudad iba convirtiéndose en melodía variable, pero perfectamente captada por nuestros tiernos oídos. Si poníamos atención, sólo con ellos sabíamos, o podíamos saber, lo que hacía la Ciudad. Largo bisbiseo, pasos macilentos, ruedas que crujen, caballos que arrancan secos chasquidos al contacto de sus herraduras con el pavimento; pasa un fúnebre cortejo; la Ciudad llora. Brillante griterío de agudos tonos, interjecciones vibrantes, oleadas de voces femeninas que parecen pítidos: es la hora del mercado; la Ciudad se entrega a sus transacciones. Cánticos de niño; voces aisladas, pero constantes; susurro prolongado de conversaciones lejanas, rumor de faldas y de pisadas rítmicamente repetidas: es la hora del paseo; la Ciudad se divierte.

¿Y la sensación grata de inmensidad que nos produjo el primer encuentro de nuestro espíritu ya mozo con esa oquedad vertiginosa representada por la gran plaza de la Ciudad? ¿Hay acaso nada tan impresionante para el niño como ese poder correr metros y metros guareciéndose entre árboles y zócalos de estatuas sin interrupción ni obstáculo? La catedral, su cúpula mayestática, su coro inmenso, sus altares fastuosos, es otro gran recuerdo imperecedero, y lo mismo ocurre con el jardín o el parque, y sus plátanos que llegan hasta el cielo, los bojés formando figuras geométricas y los surtidores lanzando como chorros de bruma en el aire. ¿Cuántos mundos hemos descubierto en la Ciudad! ¿Cuántos rincones solitarios que parecían hechos exclusivamente para nosotros se han abierto ante nuestro deseo de aventura y cuántos ensueños hemos plantado en las revueltas de los paseos y bajo la sombra acariciadora de las alamedas!

Después, ya mayores, pudimos apreciar cumplidamente el valor de ese decorado espléndido con chozas y palacios, iglesias y monumentos, castillos y fontanas, y su magno dosel, el cielo, inmenso patrimonio de una Ciudad cuando sabe mirarse en él. Amaneceres fúlgidos, mediodías azules con blancas nubecillas esponjosas o navíos de bruma; tardes doradas con sabor de plenitud, y crepúsculos pro-

digiosos que son como regias bodas de luz y color, despliegue mágico de la corte solar en rededor del trono apolíneo. Toda esa gama de brillantes hechizos naturales concurre para dar realce y armonía a la Ciudad. Bajo su cetro altivo discurrirá matizada y siempre distinta la vida urbana. Cuando en primavera la luz matinal aliña el fresco fulgor de sus tonos juveniles, el paseo es suave; la calle, tranquila; el bosque, rumoroso y atrayente. Los ojos se abren entre claridades favorables; el perfil de cualquier silueta humana se hace grácil y propicio; en el parque abrimos el libro favorito de lecturas y sentimos la caricia de una brisa cargada de efluvios tónicos.

Mediodía llega. Los tonos brillantes toman la delantera. La ciudad parece como si distendiese sus nervios con un continuo trajinar. Voces en la calle, rumor ambulatorio en las aceras; trepidar de carruajes en bulevares y avenidas. Después, ya doblada esta curva fatal, viene el reposo; la ciudad se vacía transitoriamente y en torno a las mesas reúnen afechosos sus moradores. Inmediatamente después comienzan las calzadas a recibir sus habituales transeuntes; llega la hora de la primera reunión ciudadana. Comicio de café junto a las tazas humeantes de negro y perfumado brebaje exótico; tertulia de casino, con barajas y tableros de ajedrez. Ritmos musicales alegres y de melodía fácil brotan de aparatos mecánicos. La ciudad digiere, intriga, rumorea; el cielo se torna cárdeno; las nubes se condensan, la tormenta amaga.

Tarde suave, que al fin vienes a romper este vulgar torneo de calumnias, vanaglorias e intrigas, con acompañamiento de chubasco banal. ¡Bendita seas! Tu letanía de oros viejos se desgrana sutil como un poema de amor que va madurando. Las horas pasan, largas, solemnes, plenas de hervores pasionales y ansia de aventura. La luz que dora las frentes y baña las calles con un albor crepuscular invita a consumir la vida plácidamente, sin precipitaciones ni retardos. El parque se muestra engalanado y realza sus atractivos como el salón de una casa que va a recibir visitas de cumplido. Las arboledas, acariciadas por el céfiro, brindan la cautivadora canción de sus hojas juguetonas. En primavera, la melodía es sensual y grácil; en otoño, lenta y aterciopelada como una sonatina. Las magnolias, las rosas, los claveles y las dalias envían, cuando mayo fulge, el aroma penetrante de sus pétalos carnosos, confundido con la fragancia silvestre de los tomillos y romeros montaraces. Las calles se mantienen reservadas e impenetrables bajo el murmullo superficial de los viandantes que entran y salen de tiendas y almacenes. El interior de las casas es más acogedor y confidencial que nunca. Los pianos lloran 195

allá lejos en sordina, teclados por finas manos de mujer desconocida, y las conversaciones fluyen con grave tono de intimidad. Cuando muere la tarde, la ciudad recobra su aire atropellado, su andar intranquilo y jadeante, el ensordecedor ruido de las horas febriles. Las gentes salen atropelladamente de sus trabajos y quieren reír, gozar, alborotarse, perder un poco la cabeza. Es la hora final; la hora azul del atardecer que comienza; la hora blanda de la tentación; que nos lleva entre sus brazos insinuantes hacia la noche profunda y misteriosa.

¿Y la lluvia? ¿Quién dijo que es la gran enemiga de la Ciudad? ¿Hay algo más grato que esos suelos limpios de calles mojadas, a las que la llovizna y los reflejos de luces inciertas dan regios tonos acharolados? La lluvia es una de las razones mayores de la Ciudad. Por ella construyeron los hombres esos anchos soportales que rodean la viejas plazas ciudadanas, y esas galerías espléndidas, cubiertas de transparente cristalería, como se admiran en Milán, en Nápoles y París, verdaderas urbes en miniatura, con todas las galas, atractivos y tentaciones de la villa, a la que sirven de acogedor refugio. Si el chubasco es violento, los viandantes se entregan alocados a la marcha precipitada a través de paseos y avenidas hasta encontrar el techado provisional, desde donde contemplarán el panorama, sin duda emocionante, de una ciudad sometida al tempestuoso furor de los elementos. Si por el contrario cae una lluvia fina tibia, continuada, la vida urbana se adapta a ella sin dificultad, y casi diríamos que constituye su mejor marco. Entonces la luz diurna toma esos tintes suaves, casi uniformes de los lentos monocromos, adquiriendo una tonalidad favorable a lo novelesco, a lo emocional. En tal momento es cuando puede decirse, glosando al poeta, "Llueve sobre la calle como llora mi corazón", y se tiene el presentimiento de que los ritmos vitales de la actividad urbana languidecen un poco, influídos por el medio ambiente.

Ya viene, con su mágico hechizo de oquedades y sombras, esa noche terrible y enigmática que en las urbes medievales representaba la claustración de todos los ciudadanos que no disponían de escolta; noche terrible y profunda como un pozo sin fondos; noche diabólica y sabática, poblada de brujas, íncubos y súcubos, iluminada por rojas antorchas que anuncian el paso de alguaciles y lasquenets entre intermitencias de escándalos, procacidad y crimen.

Nosotros todavía hemos alcanzado como un póstumo fragor de ese miedo terrible de las noches del pasado. Pero el triunfo de la

vida urbana donde se ha revelado más decisivo ha sido precisamente en su combate contra la nocturnidad. Cuando los últimos adioses del crepúsculo vespertino se esfuman entre una orgía de desmayados colores; cuando ese postrer halo del Sol en su diario morir, que algunos han llamado el rayo verde, se diluye en la inmensidad de los cielos, las ciudades encienden como alegres luciérnagas andariegas, uno a uno, los reverberos de luz artificial. Su conjunto, contemplado desde lejos, produce la sensación de una cúpula luminosa, entre las que resaltan brillantes bengalas del más caprichoso color. En sus calles se presiente que está librándose un combate frente a las fuerzas cósmicas y la carencia de luz astral pretende compensarse por ese alarde de pequeñas campánulas fosforescentes, las cuales, si bastan para proteger la normal continuación de traginar humano, no son suficientes para hacer olvidar que la noche ha llegado, que la techumbre de los cielos se muestra inhóspita y llena de negruras, mucho más por la fuerza del contraste que en plena soledad campesina; y es que la ciudad renuncia al fulgor viviente de las constelaciones por el inerte resplandor de las lámparas quebradizas.

Cuando nuestras ciudades encienden sus luminarias deslumbrantes viven, tal vez, con mayor intensidad que nunca. Para ellas se inicia entonces el momento más solemne de su existencia mundana. Si las casas fijan su hora de recepción al mediar la tarde, para la ciudad, como personalización del conjunto, puede decirse que su verdadera hora de visita comienza con el horario nocturno. Entonces hace alarde de todas sus joyas y despliega la coquetería y el refinamiento de sus salones iluminados. Los cafés muestran sus instalaciones confortables con pretensiones de mundanidad exhibicionista; los Círculos dejan escapar por sus miradores y balcones el brillo de sus galas artificiosas; los lugares de recreo procuran atraer al transeúnte por la apariencia de un exterior rutilante y excéntrico. Los espectáculos despiden haces de luz y presentan en sugestiva mezcla los carteles anunciadores de un programa lleno de seductoras promesas.

Cerca de este mundo grandioso, rondando al pie de esas esferas irisadas de la vida mundana, los amantes de la noche, los amigos de la ciudad pasan y repasan por las vías casi abandonadas. ¿Podríamos olvidar acaso esas caminatas largas, cargadas de diálogos profundos y siempre distintos, que eran nuestra delectación primorosa en las noches juveniles? Ibamos de una calle a otra, de uno a otro barrio, de una a otra acera; veíamos desfilar la monótona procesión 197

de las gentes que retornan a sus domicilios y tejíamos una reflexión adecuada sobre cada uno de los seres humanos que discurrían ante nuestra vista. Transitábamos a veces junto al parque estival de liviano tumulto regocijado, y las músicas estrepitosas parecían filtrarse por entre las enramadas, esas que en noches plácidas protegen a la caravana galante de los Dafnis y Amintas y del eterno Clitandro, como dijo nuestro Verlaine en sedoso verso perfumado. La luna, pobladora de ruinas en la ciudad, porque al jugar con las sombras que es incapaz de barrer del todo, extiende en irregulares tajos las casas y monumentos, era una buena amiga nuestra en esas andariegas horas.

Así aprendimos a conocer las ciudades y su alto valor simbólico, y cuando la noche doblaba camino de la aurora nos proponíamos los más graves problemas filosóficos ante la urbe dormida. "Si nuestra vida, en vez de ser la individualizada, que poseemos, fuese la de toda una calle, y sufriésemos al unísono sus pesares y hubiésemos de paladear conjuntamente las dichas de sus moradores, ¡cuánto llanto y risa a la vez, cuánto dolor y alegría juntos, cuántas vidas y muertes hermanadas!". Así llegábamos a esa síntesis suprema de amor y odio, de placer y tormento, de ira y templanza, pues que la vida individual nos daba en serie lo que la existencia colectiva produce simultáneamente. La ciudad brindaba este gran ejemplo y le esgrimía como sabia lección de transitoriedad, afirmando su trascendental destino, tejido de lucha y superación, de vida y triunfo.

Ya el cielo se matiza con ligeros albores violáceos. Nuestras reflexiones van decayendo mientras los portales comienzan a abrirse para dar salida a los primeros madrugadores. Se acabaron ya los noctámbulos. Otra raza de hombres se lanza a la lucha y al trabajo. ¡Quién pudiera dejar de dormir y paladear, al menos intensamente, todas las noches y días de nuestra corta vida! Las campanas tintinean con sonido claro y cantarinas voces, y unas a otras se dan con acento ritual los buenos días. Ya surge la luz blanca allá en el cielo. Las brujas del medievo, protegidas entre las últimas y fugitivas sombras, huirán para ocultarse en las profundas cuevas misteriosas o en los sótanos sin fondo de los castillos. Las postreras siluetas de la orgía nocturnal pasan también, como ellas, rápidas, macilentas, avergonzadas, temerosas ante la luz auroral que las descubre y castiga con un rayo vengador, ajando sus marchitas galas. Las ventanas de Oriente se abren de par en par, anunciando con gorjeos de 198 pájaros, tintineo de carros y vibración de voces humanas la gloria

del diario renacimiento. El milagro de la luz se hizo, ¡oh Sol!, que al amanecer nos devuelves la alegría y la ciudad reemprende su cantar, polifónico, ardiente, sublime, como el de mil fraguas encendidas, forjadoras de nuevos destinos.

Transitamos de una a otra edad en la historia colectiva como en la existencia individual, llevando dentro de nosotros un fuego de consunción que prende en las virutas del tiempo y quema raudo, con nuestra propia voluntad, las etapas del vivir. Es como si, situados ante una interminable y continuada fila de salones, cada cual de diferente estilo y sus ocupantes con variada indumentaria, nos impusiésemos el designio de recorrerlos todos en precipitado andar. Comenzamos la carrera con ágil paso, pero como las estancias se nos antojan enormemente vastas, tenemos la ilusión de que no vamos bastante aprisa. Son los salones de juventud, color de rosa o azul celeste, llenos de mágico embrujamiento, intensamente perfumados de amores y aventuras. Los dejamos, unos tras otros, sin pena ni fatiga, y su recuerdo no nos será grato sino cuando lo sentiremos muy lejos de nuestras almas, arrollados por el irresistible empuje de otros tiempos menos propicios. Alcanzamos casi inconscientes, y aun temblorosos de emoción, los salones de la plenitud vital, de esa época más larga e intensa, pero que se nos escapa de entre las manos sin sentir, porque cuando comienza aún nos creemos demasiado jóvenes para poder saborearla y cuando termina nos sentimos demasiado viejos para disfrutarla, sin la aprensión de que la fiesta puede cesar de un momento a otro. Ahí, en esas estancias magníficas de tono violeta y púrpura, a medida que las modas van transformando los vestidos y las costumbres imponen en el trato y los modales sus exigencias variadas, es donde cubrimos las etapas fundamentales de la existencia y percibimos dolorosamente que muchos de los invitados que con nosotros comenzaron el camino van desapareciendo por entre bastidores, en tanto promociones juveniles irrumpen con frenesí de nueva vida, obligándonos a acatar sus para nosotros ya extravagantes modos. Y llegan los salones de vejez, suntuosos, gélidos, cada vez menos propicios a los ensueños, y, sin embargo, apetecibles siempre, por el hechizo de los recuerdos que nos traen entre sus pliegues perfumados y el encanto de los recintos que ya quedaron atrás para siempre. La fatiga ahoga nuestro corazón; no podemos más, y, sin embargo, ¡quedan aún tantas estancias por recorrer! Otros intentarán llegar hasta el fin, que no se vislumbra; porque esos salones comunicantes, vistos a través de sus inmensas arañas 199

cristalinas de luz fosforescente y el bruñido cristal de sus innumerables espejos, dan la sensación y el vértigo de lo infinito. Pero incluso en este afán de continuidad, en esa creencia de ser sustituidos por otros, nuestra ilusión nos engaña.

La vida de la ciudad, por su calor de humanos afectos formando como cordilleras sin fin y el frío cortante de inclementes odios, llega a hacernos pensar en la eternidad del vivir terreno. Unos y otros nos complacemos simulando en el diario trato ese gran empeño. Por otra parte, todas las diversiones e intrigas de la ciudad, ¿no tienden acaso a consagrar este hecho irreal? Por ello lanza la urbe su parpadeo de luz y bullicio, nunca apagados del todo, y tal vez por esta misma razón nos sentimos mejor en su seno que en el aislamiento de los campos. Anhelamos descender hacia las hondonadas de cálida humanidad para dejarnos captar más mansamente por ese ideal impalpable de permanencia que nos obsesiona. Con sus deducciones, con sus halagos e incluso con sus miserias fácilmente compartidas, aspiramos ponernos a resguardo de esa soledad inhóspita que siempre nos espía y a la que tendremos que entregarnos cuando se disipe el último fulgor de nuestra vida perecedera. Soledad individual que aguarda con paso suave y aterciopelada mano desde la hora misma de nuestro natalicio, arrancando uno a uno los fragantes pétalos de una existencia efímera para poseernos al fin sin remisión; soledad de la Tierra en todo su vasto Imperio, porque también la vida del planeta va extinguiéndose y sus entrañas frías contendrán un día tan sólo cadáveres de ciudades, de hombres, de animales y de plantas. Nada de lo que es transitorio sobrevivirá más allá de lo que el designio providencial lo permita, y la inmortalidad de los grandes hombres o de las obras maestras no hace sino diferir la muerte de un recuerdo, que ha de acaecer tan inevitablemente como la de nuestra propia existencia.

Esa es la gran lección que nos dan las ciudades, lección de transitoriedad y de fugaz destino intrascendente. Todas ellas, junto a la impetuosa riada de la vida, que pasa jocunda y fogosa, muestran el páramo adusto y severo de la muerte donde han de vertir sus tumultuosas ondas. Al lado de las calles y las plazas, al borde mismo de los bulevares y alamedas, empalmando con monumentos elevados en memoria de gloriosos sucesos triunfales, abren sus anchos espacios las mansiones de los muertos, donde también se hallan altivas estelas en recuerdo de preclaros desaparecidos. Sirviendo a un anhelo de continuidad siempre insatisfecho, esas necrópolis se han con-

truído y planeado siempre según las técnicas urbanas de cada época, de modo que la ciudad realiza con ello un nuevo intento para perpetuarse en el más allá, tratando de reflejar en sus cementerios las más íntimas preocupaciones de su existencia cotidiana. Por ello simulan dentro de éstos anchas calles y jardines e impone fórmulas urbanísticas allí donde no asoman vestigios de un ayer fenecido.

Hay horas trágicas para la ciudad, pero ninguna como las de invasión y derrota. Hemos visto pasar ante nosotros la pesadilla inolvidable de una urbe repentinamente acosada por el fantasma del miedo colectivo. El cielo se poblaba de aparatos velivolantes, que lanzaban sobre calles, plazas y paseos la carga mortífera contenida en sus entrañas. Creíamos reanudar las horas grandiosas de Bizancio y esperábamos de un momento a otro la llegada de la imponente catapulta que lanza sobre las casonas chatas el hirviente chorro encendido del fuego griego. Las gentes, alocadas, arrancaban de sus domicilios los objetos más disparatados para apiñarlos en desorden sobre vehículos arbitrarios, cuando no los amontonaban en reducido hato a fin de llevarlos consigo. La vida ciudadana se interrumpió en cosas de horas y los portales y ventanas iban cerrándose unos después de otros con estrépito impresionante. Las familias, arrastradas por suicida inconsciencia, desertaban de la ciudad; una forma de vida milenaria era juzgada de pronto como imposible y nefasta. En vano los transportes colectivos seguían arrastrándose perezosamente sobre las calles; en vano algunos almacenes, como animados por una fuerza subconsciente, continuaban mostrando sus escaparates ante la curiosidad transeúnte. Junto a ellos desfilaba indiferente hacia todo, con ojos de visionario y rostro contraído, una multitud agitada y convulsiva que en largas filas apretadas se lanzaba, ciega, hacia lo ignoto, en busca de un vano refugio donde calmar su pánico. Como una flor tronchada por las pisadas de los fugitivos, la urbe yacía triste y llena de espanto. Sus bellezas de ayer, de hace unas horas, se esfumaban rápidas, cual si cayese sobre ellas el peso de un fatídico hechizo. Todo el conjunto parecía haber soportado en un día la pesadumbre de varios siglos, y así se descubrían cicatrices insospechadas y rastros flagrantes del cataclismo que se iniciaba.

Hay también horas grandiosas para la Ciudad; son las de triunfo y entrega gloriosa al gran capitán que alcanza para ella la victoria, como blanca flor prendida en la punta de su espada. El gentío se arremolina por doquier; desciende a las calles iluminado por la feliz sonrisa de sus días mejores; grita, canta, se enciende en conti-

nuos espasmos de algarabía; los balcones se adornan con damascos y banderas, poblándose de dulces caras femeninas, gráciles y bellas como fina trama de esmalte policromado. Las calzadas están limpias y despobladas esperando el paso de los guerreros magníficos que obtuvieron la victoria. En el año 629, Heraclio, Emperador de Bizancio, después de fulgurantes y grandiosas victorias en Europa y Asia combatiendo a los bárbaros orientales y a los persas y realizando hazañas que le igualaban a Alejandro, recibió por la población de Constantinopla uno de sus **triumfos** solemnes y fastuosos, tal vez el último de esplendor igual a aquellos que se otorgaban a los Césares romanos. En la Puerta de Oro le aguardaba la multitud que no debió abandonarle ya hasta dejarlo instalado en su real palácio. Los guardias imperiales, con túnicas verdes y adornos rojos, calzado negro y polainas blancas, luciendo sobre su pecho largos collares de oro y un escudo ovalado de fondo rojo con dibujos azules y negros, avanzaban solemnes, mayestáticos, bajo el sol ardiente, que arrancaba vivos destellos al metal de sus espuelas y grandes lanzas afiladas. Seguían luego los ejércitos de eslabones, armenios y tracios, con sus uniformes de vivo colorido y variado estilo. Tras de ellos venía el personal de la Corte, el Prefecto de la Ciudad, montado sobre su carro de plata, arrastrado por una cuadriga de blancos caballos. Los dignatarios del Imperio, con sus trajes vistosos y ricos, le acompañaban, irguiéndose sobre bravos alazanes con monturas de oro y rodeados a su vez por guardias familiares que enarbolaban las facces del lictor. Las damas de Palacio, en carros dorados y policromos arrastrados por mulas, venían después, disimuladas tras livianas cortinillas de seda, acompañadas por un séquito de eunucos armados de látigos con los que castigaban a los animales y apartaban a la muchedumbre. Finalmente, rodeados de sus capitanes, que lucían sobre los uniformes un lábaro amarillo sobre fondo verde, Heraclio, el gran Emperador triunfante, el salvador de la Cristiandad, el protector del mundo, apretando entre las manos su miniado Crucifijo, iba de pie, erguido sobre imponente carro de oro y pedrería, vistiendo la púrpura imperial y los borceguíes rojos propios de tan alta alcurnia, en tanto sus ojos azules de soñador impenitente se arrobaban, contemplando envanecidos las largas filas de sus ejércitos magníficos. Detrás, guardados a la vista por fuertes soldados, los prisioneros de nota, príncipes, generales, nobles enemigos, marchaban solicitando en alta voz la generosidad del vencedor, y cerrando el magno cortejo, los guiones, banderas y trofeos se alzaban al viento, desafiando la

Salve, Ciudad; tú, la que viste el triunfo del ejército glorioso; tú, la que presenciaste el paso marcial de los milites del Imperio; tú, la que contemplaste al Caudillo sereno y magnánimo que supo alcanzar la victoria; tú, la de nuestros días y nuestras noches; bendita seas. Que tu historia desgrane majestad de renacimientos, ritmos de gloria, fulgor alado de poemas heroicos. Aprende a rezar, a combatir, a vivir, a soñar, ¡oh Ciudad de nuestras más hondas delectaciones!